

falte ninguna perfeccion de virtud de cuantas podeis tener; así como vuestro Padre es perfecto en todas, sin que le falte ninguna. Ó Padre perfectísimo, de quien toda perfeccion procede, dame la que me mandas, para que tenga la que tú quisieres.—Lo segundo sacaré, que como el árbol se conoce por los frutos, y el árbol bueno los produce buenos (1), así la perfeccion de Dios se conoce por sus obras; porque como dice la Escritura: Todas son muy buenas y perfectas (2), no solamente las grandes, como son los cielos y elementos, sino las muy pequeñas, como son las hormigas y gusanos. Y á su imitacion procuraré yo tambien ser perfecto, mostrando mi perfeccion en todas las obras grandes y pequeñas, procurando, como dice el Eclesiástico, ser en todas muy excelente (3).

3. Finalmente, como las cosas imperfectas acuden por la perfeccion que les falta á la perfecta en aquel género, como quien está falto de calor acude al fuego; así yo mirándome imperfecto, tengo de acudir al que es infinitamente perfecto, para que me perfeccione, dándome lo que me falta. Ó Dios infinito: *Imperfectum meum viderunt oculi tui: Tus ojos han visto mi grande imperfeccion* (4), de tí he recibido lo que tengo, y tú me has de dar lo que me falta; perfecciona la obra que comenzaste, haciéndome perfecto, sin que me falte nada. Amen.

PUNTO QUINTO.—1. Lo quinto, se ha de considerar como todas estas perfecciones que ponemos en Dios, aunque son innumerables, segun que están repartidas por las criaturas; pero en el mismo Dios no son mas que una simplicísima, en la cual se encierran todas (5), como el valor de muchos reales y cuartos se encierran en un solo doblon de á ciento; y así en Dios una misma cosa es su sabiduría, su bondad, su caridad, su misericordia y su omnipotencia, su fortaleza y todo lo demás sin género de composicion, ni division; y en cada perfeccion están embebidas todas, y todas en cada una: de suerte, que su bondad es su misma sabiduría y omnipotencia, y su omnipotencia es su misma sabiduría, y así en los demás. Y quizá por esto dice el Sabio, que el espíritu de Dios: *Est unicus; et multiplex, et qui capit omnes spiritus, es único y muchos, y abraza todos los espíritus* (6). De aquí es, que no solamente en la máquina de este mundo, sino en cada obra de Dios por sí sola, resplandece la junta y union de sus admirables perfecciones, y por ella podemos conocer que su Criador es poderoso, sabio, bueno, infinito, amable, etc.

(1) Matth. vii, 16, 17. — (2) Genes. i, 31. — (3) Ecl. xxxiii, 23.

(4) Psalm. cxxxviii, 16. — (5) D. Thom. 1 p. q. 3, art. 7. — (6) Sap. vii, 22.

2. De aquí he de sacar dos afectos y propósitos muy excelentes. El primero, es un entrañable deseo de imitar esta infinita simplicidad del divino Ser, en la simplicidad y sencillez purísima de mi intencion, procurando que en todas mis obras, aunque sean muchas, resplandezca una perfectísima intencion de agradar á solo Dios, por quién él es, en la cual están virtualmente incluidas grandes perfecciones; por lo cual dijo Cristo nuestro Señor y Salvador: *Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit: Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será resplandeciente* (1). Ó Dios perfectísimo, alumbrá el ojo de mi conocimiento para que en todas las criaturas mire á ti su Criador, de quien reciben su perfeccion. Purifica el ojo de mi afecto, para que en todas ellas ame á tí su Bienhechor, de quien reciben su bondad: y esclarece el ojo de mi intencion, para que en todas mis obras busque pura y sencillamente á tí su último fin, de quien han de recibir su resplandor, para que tú seas glorificado en ellas por todos los siglos. Amen.

3. El segundo propósito ha de ser de juntar en cada una de mis obras la variedad de las virtudes principales que pueden resplandecer en ellas; de modo que cada obra sea tambien á su modo una y muchas, y abraza muchos espíritus y afectos de Dios, porque si rezo ó ayuno, ó doy limosna, esta obra puede ir acompañada con afecto de amor de Dios, de confianza, de obediencia, de humildad, de temor filial, y otros tales. Y quizá por esta causa Cristo nuestro Señor llamó ojo á la intencion, y á la obra cuerpo, dando á entender, que como el cuerpo tiene muchos miembros y partes, así cada obra ha de tener varios ejercicios de virtudes, enderezados todos por el ojo simplicísimo de la pura intencion á gloria de solo Dios.

MEDITACION VI.

DE LA SUMA BONDAD Y SANTIDAD DE DIOS.

—Dos modos hay de bondad en las criaturas; una natural, que consiste en tener todas las partes que le convienen, segun su naturaleza (2): por la cual dice de ellas la Escritura, que vió Dios todas las cosas que habia hecho, y todas eran, *valde bona, muy buenas* (3). Otra bondad hay moral, propia de las criaturas intelectuales, la cual consiste en tener todas las virtudes y ejercicios de ellas que les convienen segun su estado, y esta se llama por otro nombre santi-

(1) Matth. vi, 22; Luc. vi, 24. — (2) D. Thom. 1 p. q. 6. — (3) Genes. i, 31.

dad. Y aunque en las criaturas pueden andar apartadas, porque bien se compadece la primera sin la segunda, que pende del libre albedrío; pero en Dios andan juntas, porque tan natural le es la segunda como la primera, aunque con libertad ejercita los actos de ella, en orden á las criaturas; y así de ambas juntamente será esta meditación, presupuesto lo que se ha dicho en la pasada.—

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor es infinitamente bueno, cuya suma bondad consiste en tres cosas.—La primera, en que encierra en sí todos los grados y modos de bondad que se hallan en las criaturas, de suerte, que no se puede imaginar bondad, que no se halle en Dios con infinita excelencia; por la cual pidiendo Moisés á nuestro Señor, que le mostrase su rostro y su gloria, le respondió: *Ego ostendam omne bonum tibi: yo te mostraré todo el bien y todo lo bueno* (1): dándole á entender que Dios era todo el bien, y que encerraba en sí todo lo bueno.—La segunda excelencia es, que toda esta bondad la tiene por su misma esencia, de modo que ni es participada de otro, ni añadida á su divina naturaleza, ni postiza, de manera que se pueda poner y quitar como en nosotros, sino tan natural cosa le es ser bueno y santo, como ser Dios; y por esta causa Cristo nuestro Señor á una persona principal que le llamó bueno, creyendo que era hombre puro, le respondió: ¿Para qué me llamas bueno? *Nemo bonus, nisi solus Deus: ninguno hay bueno, sino solo Dios* (2), porque solo Dios es la misma bondad, por su misma esencia.

2. La tercera excelencia es, que la bondad y santidad de Dios excede tanto á la bondad de todas las cosas criadas y posibles de criar, que en su comparacion no merecen el nombre de buenas, y su bondad es como si no fuese. Y por esta causa tambien dijo Cristo nuestro Señor, que ninguno habia bueno sino Dios, y que *unus est bonus Deus, uno es el bueno, y este es Dios* (3), y por la misma razon dijo la madre de Samuel: *No hay santo como el Señor, ni hay otro fuera de él* (4), que es decir: No hay otro que pueda llamarse santo como Dios, porque solo él llena el nombre de santidad.

3. De donde se saca el fundamento de la verdadera y profunda humildad que tienen los santos en la presencia de Dios; la cual estriba en estas dos cosas postreras; porque toda la santidad de los hombres es añadida á su naturaleza y mudable de su cosecha, y en comparacion de la de Dios es como nada. Y así dijo un amigo de Job, comparando los Ángeles con Dios: *Mirad que entre sus santos*

(1) Exod. xxxiii, 18.—(2) Marc. x, 17.—(3) Matth. xix, 17.—(4) 1 Reg. ii, 2.

ninguno hay inmutable, y los cielos no están limpios en su presencia (1). Ó Dios santísimo, que por excelencia te llamas *Santo de los santos* (2), porque eres principio, dechado y fin de toda santidad; gózome de la suma bondad y santidad que tienes con infinita firmeza y estabilidad en ella. Confieso, Señor, que no puedo tener santidad si tú no me la das, ni puedo durar en ella si tú no la conservas; y por mucha que me des, será tan pequeña respecto de la tuya, que cubriendo mi rostro con vergüenza, diré á voces como los Serafines: *Santo, santo, santo, el Señor Dios de los ejércitos* (3), tres veces eres santo, por las tres excelencias de santidad que tienes, por la cual te suplico me fundes en esta humildad muy profunda, para que sea digno de subir á una santidad muy levantada.

PUNTO SEGUNDO.—*De las virtudes ejemplares de Dios*.—1. Particularizando mas lo que se ha dicho, se ha de considerar, lo segundo, las infinitas virtudes de Dios nuestro Señor, por las cuales es infinitamente bueno y santo, ponderando algunas excelencias de ellas.—La primera es, que Dios nuestro Señor con infinita eminencia tiene todas las virtudes que están repartidas en los santos, así hombres como Ángeles, sin las imperfecciones y limitaciones que tienen en ellos. De modo, que tiene infinita prudencia, justicia, fortaleza y templanza: infinita caridad, liberalidad y misericordia: infinita mansedumbre, clemencia y paciencia, con todas las demás, sin faltarle ninguna de las que no presuponen imperfeccion en el sujeto que las tiene. Y por esta razon se llama á boca llena *omne bonum, et Deus, vel Dominus virtutum, todo bien y Dios de las virtudes* (4), en quien está, no una ú otra virtud, sino todas juntas, porque todas pertenecen á la infinita bondad y santidad de Dios, y cada una trae consigo encadenadas á las demás. De donde procede, que estas virtudes cuando llegan á tener su perfecto estado, están grabadas y eslabonadas entre sí (5), como lo están en Dios, á quien tengo de imitar en esto, procurando señalarme, no solamente en una virtud, sino en todas, diciéndole: Dios de las virtudes, hazme semejante á tí en todas ellas.

2. La segunda excelencia es, que las virtudes de Dios nuestro Señor son ejemplar y dechado infinito de todas las que hay y puede haber en los santos; cuyas virtudes tanto son mas ó menos perfectas, cuanto mas ó menos se parecen y son semejantes á las de Dios: las cuales son tan infinitas, que otro que el mismo Dios no

(1) Job, xv, 15.—(2) Dan. ix, 24.—(3) Isai. vi, 3.

(4) Psalm. xxiii, 10; xlv, 8; lxxix, 5.—(5) D. Thom. 2, 2, q. 65, art. 1.

puede comprenderlas; pero irémos rastreando su grandeza inmensa, por las de los santos. Para lo cual ayudará considerar cuatro suertes de virtudes que refiere santo Tomás con palabras muy graves y muy espirituales (1). Y comenzando por las menores, las primeras son las políticas y morales, propias de los hombres que gobiernan su vida según el dictámen y regla de la razón, moderando la furia de sus pasiones, para que no desdigan de ella.—Otras virtudes hay de los que aspiran á la divina semejanza, y andan en pretension de ella, deseando cumplir lo que Cristo nuestro Señor dijo: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial lo es* (2); los cuales por la virtud de la prudencia llegan á despreciar todas las cosas mundanas, con la contemplación de las divinas, y á ellas enderezan los pensamientos de su alma. Con la templanza dejan lo que pide el cuerpo, en cuanto sufre la vida, y lo permite la naturaleza; con la fortaleza no se atemorizan, ni por apartarse del cuerpo, ni por acercarse á lo eterno; y con la justicia hacen que toda el alma con sus potencias y sentidos consienta en este modo de vida.

3. Otras terceras virtudes hay de los que han alcanzado la divina semejanza, cuya prudencia solamente mira las cosas divinas; su templanza no siente codicias terrenas; su fortaleza no experimenta ya pasiones; y su justicia está confederada en amistad perpetua con Dios, imitándole cuanto puede. Y estas virtudes son propias de los bienaventurados ó de algunos muy perfectos de esta vida. Casi todas estas palabras son de santo Tomás. De aquí subiré á contemplar las supremas virtudes que llaman ejemplares, propias de solo Dios, y son regla y dechado de todas las que hemos referido, pero con tan infinitas ventajas, que en su comparación todas las demás quedan oscurecidas, y son como si no fueran; y á boca llena podemos decir á Dios: *Tu solus Sanctus, tú solo eres Santo* (3), y no hay otro fuera de tí; tú solo prudente, tú solo modesto, tú solo fuerte, tú solo justo, y no hay entre los dioses, ni entre los hijos de Dios, quien se pueda igualar contigo, ni presumir de sí (4). Ó Dios de las virtudes, gózome con sumo gozo de la infinita excelencia que tienes en ellas. Tú eres la misma prudencia conociendo lo que en tí tienes; tú la misma templanza, conformándote contigo; tú la misma fortaleza, asiéndote de tu inmutabilidad; tú la misma justicia, guardando tu ley eterna; y tú la misma caridad, amando tu bondad, y por ella á los que la participan. ¡Oh quién me diese que

(1) 1, 2, q. 61, art. 3. — (2) Matth. v, 48. — (3) Eccles. in hymn.: Gloria in excelsis Deo. — (4) I Reg. II, 2.

participase algo de tus virtudes, para glorificarte con ellas! Ó dulcísimo Jesús, que dijiste: Sed perfectos como vuestro Padre lo es, y tú en cuanto hombre alcanzaste la suprema perfección de las virtudes, y la suma semejanza que puede haber con Dios en ellas; concédeme que imite las que ejercitaste en tu sagrada humanidad, para que juntamente imite las que resplandecen en tu soberana divinidad. Amen.—De aquí he de sacar unos generosos propósitos y deseos de no contentarme con las virtudes políticas, sino buscar aquellas en que está la mayor semejanza con Dios, procurando con todas mis fuerzas alcanzarlas.

4. De aquí se sigue otra excelencia de Dios en estas virtudes, que es ser principio y causa de las demás, á quien se han de pedir como á su propio Dueño y Señor, porque á él toca darlas, conservarlas, aumentarlas y perfeccionarlas en sus grados; y por esto se llama, *Dominus virtutum, Señor de las virtudes*. Dios es Señor de la fe, del temor y esperanza; Señor de la castidad, humildad, obediencia y caridad, con las demás gracias y dones que la siguen. Y de este señorío se precia, y de él he yo de hacer título para pedirle me dé estas virtudes y los demás dones de su gracia, diciendo como David: *Señor Dios de las virtudes, conviértenos, muéstranos tu rostro, y seremos salvos* (1). Ó Rey de las virtudes, dame aquellas en que tu reino consiste, para que reines en mí por ellas. También haré un cántico de alabanza á Dios nuestro Señor por sus virtudes, provocando á todos que le alaben por ellas, y á ellas mismas que alaben al Señor, diciendo con David: *Alabad al Señor en sus santos, alabadle en la firmeza de su virtud, alabadle por sus virtudes, alabadle según la muchedumbre de sus grandezas* (2). Alabadle todos sus Ángeles; alabadle todas sus virtudes; alábele su misericordia; alábele y glorifíquele su misma santidad. Amen.

PUNTO TERCERO.—*De la pureza é impecabilidad de Dios*.—1. Lo tercero, se ha de considerar la infinita pureza y santidad de Dios en todas sus obras, en las cuales descubre aquellas dos partes de la santidad y justicia que llama David apartarse del mal y hacer bien, carecer de todo lo malo y tener todo lo bueno (3). Porque primeramente las virtudes de Dios nuestro Señor son tan puras, que no es posible admitir cosa contraria ó defectuosa, ó que desdiga un punto de su infinita perfección. Y así en Dios no puede haber vicio, ni pecado, ni defecto ó imperfección alguna; y tan propio es de su bondad ser impecable, como ser Dios. No es posible que peque por

(1) Psalm. LXXIX, 8. — (2) Psalm. CL, 2. — (3) Psalm. XXXVI, 27.

ignorancia de lo bueno, porque todo lo sabe; no por olvido ó inadvertencia, porque de todo se acuerda; no por flaqueza, porque todo lo puede; no por pasión que le arrebate, porque todo lo previene; no por temor, porque á nadie teme; no por malicia, porque es la suma bondad y la primera regla, de la cual no puede desviarse. Y así no es posible que en Dios haya mentira, infidelidad, engaño, doblez, impaciencia, tiranía, ni otro pecado, ni sombra de él; porque sus divinos ojos son tan limpios, que no pueden mirar á la maldad, agradándose de ella (1).

2. De aquí es, que no solamente Dios no puede pecar por sí mismo, pero ni ser causa propia de que otros pequen, inclinándoseles y moviéndoles á ello (2); porque esto desdice de su infinita pureza, y sería contrario á sí mismo, y al orden de su infinita sabiduría y bondad. De aquí también es, que aunque Dios puede tomar naturaleza humana, sujeta á todas las penalidades de esta vida, pero no es posible tomarla con sujeción á pecado.—De todo lo cual concluyo, que la infinita bondad y santidad de Dios resplandece en la pureza y santidad de sus obras, y que sus virtudes no están en él ociosas, sino que siempre que Dios obra, se descubren en sus obras. Por lo cual dijo David, *que Dios es fiel en todas sus palabras, justo en todos sus caminos y santo en todas sus obras* (3). Y esto postrero repite dos veces, y en ello quiere Dios ser imitado de los hombres con gran cuidado, y así dijo á su pueblo: No queráis manchar vuestras almas, ni tocar cosa que os haga inmundos; *sed santos, porque yo soy santo* (4). Y con las mismas palabras exhorta san Pedro á los fieles, que en su vida y conversacion sean santos (5). Ó Dios santísimo, que por tu sola bondad nos escogiste para que fuésemos santos y sin mancha en tu presencia (6); concédeme que yo lo sea, apartando de mí toda culpa, y adornándome con toda virtud y santidad. Ó Serafines celestiales, que alabásteis á vuestro Dios con el nombre de Santo, de que tanto gusta; venid de este cielo con alguna brasa de amor, y purificad mis labios como los de Isaías (7), y juntamente mi corazón, para que todo yo sea puro y santo en la presencia de mi Señor.

3. De esta consideracion he de sacar principalmente un gran propósito de apartarme de todo género de culpa grave y pequeña, y de cualquier defecto, imperfeccion ó resabio de ella, en cuanto

(1) Habac. i, 13. — (2) D. Thom. 1 p. q. 49, art. 3; 1, 2, q. 79, art. 1; 3 p. q. 13, art. 1.—(3) Psalm. cxliv, 13.—(4) Levit. xi, 43; xix, 2.—(5) I Petr. i, 13.
(6) Ephes. i, 4.—(7) Isai. vi, 6.

me fuere posible, acordándome de lo que nuestro Señor dijo á su pueblo: *Perfectus eris, et absque macula cum Domino Deo tuo. Serás perfecto sin mancha delante de tu Señor Dios* (1). Procurando también imitar en la tierra la pureza que hay en el cielo, á donde la Iglesia, como dice san Pablo, *será gloriosa sin mácula ni ruga, ni otro algun defecto* (2); lo cual, en su tanto, puedo cumplir acá si vivo con cuidado de no caer en cosas pequeñas; y en cayendo como flaco, luego limpiarme de ellas, para que siquiera en alguna hora y parte del día pueda decir Dios á mi alma: *Toda eres hermosa, amiga mia, y no hay en ti mancha alguna* (3). Y finalmente sacaré de aquí una resolución grande de no preciarme en esta vida de honras, ni linajes, ni dignidades, ni de ingenio, letras, ni otros talentos, sino principalmente de la virtud y santidad, acordándome que Dios nuestro Señor se preció de ésta mas que de todos sus atributos en orden á nosotros; porque no habiendo nombre propio con que llamar á la tercera Persona de la santísima Trinidad, la apropió el nombre de bondad y santidad, y no le llamó Espíritu eterno ó inmenso, sino Espíritu Santo y Espíritu bueno. Y con este nombre quiere Dios ser llamado de los hombres, como lo fué de los Serafines. Ó Espíritu divino, que te apropiaste el nombre de Santo, por lo mucho que te precias de santidad; concédeme que yo me precie de ella mas que de todo lo criado, procurando apropiármela con gran cuidado, para ser santo con firmeza en tu presencia por todos los siglos. Amen.

MEDITACION VII.

DE LA SUMA INCLINACION QUE TIENE LA BONDAD DE DIOS Á COMUNICARSE Á TODOS, ESPECIALMENTE Á LOS HOMBRES, Y LOS MODOS COMO SE COMUNICA, HACIÉNDONOS INNUMERABLES BENEFICIOS.

—Esta meditacion será fundamento de todos los beneficios divinos, los cuales nacen como de fuente de la infinita bondad de Dios, el cual en su eternidad comunicó necesariamente toda su divinidad, por conocimiento al Hijo y por amor al Espíritu Santo, y despues libremente se comunica fuera de sí, con todos los modos posibles, como se verá por los puntos siguientes.—

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar la suma inclinacion que tiene la bondad de Dios en comunicarse y hacer bien á otros; porque como dice san Dionisio: *Bonum est diffusivum sui*:

(1) Deut. xviii, 13. — (2) Ephes. v, 27. — (3) Cant. iv, 7.